

Orfandad, de Federico Reyes Heróles, y de México
Miguel Maldonado

Rara avis, este libro de Reyes Heróles podría ser un diario, un libro de notas: notas al padre, una biografía, un libro de relatos, un álbum de familia, un anecdotario y, ya por exagerar, sólo faltaría alguna receta culinaria para ser también un libro de cocina, porque sabemos que don Jesús cocinaba los fines de semana allá, en Cuernavaca. Faltaría un complot, uno más, para alcanzar el rango de novela negra. De todo lo que podría ser este texto, para mí es, sobre todo, una novela; claro, una novela singular, ¿qué buena novela no es singular?

En un lugar de la obra, de cuya página no quiero acordarme, Reyes Heróles cuenta que se encontró con Julio Cortázar tres veces. En uno de esos encuentros le hizo una pregunta fundamental para un escritor en ciernes durante la época de las ideologías: ¿Escritura comprometida o el arte por el arte, señor Cortázar? Obviamente, Julio Cortázar respondió a favor de una literatura libre: “Entre el sí y el no, cuántos quizás”, diría el jugador de marel.

Por cierto, Octavio Paz afirmaba que Cortázar había llegado demasiado tarde a la política. ¿Será que hay una hora precisa de llegar a las vivencias que nos atañen? Federico Reyes Heróles llegó a contarnos sobre su padre a la misma edad en que éste murió, ni tarde ni temprano.

Esta anécdota sobre el encuentro con Cortázar, y la misma naturaleza híbrida de la novela *Orfandad*, me recordó a *Rayuela*. El libro de Federico es una rayuela, es decir, una obra hecha de fragmentos más o menos autónomos; sin embargo hay algo que escamotea a la obra fragmentaria, no es del todo una rayuela, algunos fragmentos pisan la raya y perdemos este juego de los saltos. En la rayuela, si se pierde, uno regresa al infierno; en la novela, la historia pierde su espíritu fragmentario para llevarnos por la vida terrenal del padre. Tres historias corren a lo largo de la novela, y ya con esto el pie se sale del cuadro, estamos fuera de *Rayuela*. Hay al menos tres hilos conductores que tejen distintas tramas y que nos mantienen en vilo hasta el final donde se desmadeja toda una vida. Está la trama íntima, sobre la enfermedad del padre. La trama política, sobre la reforma de Estado. Y quizás la más importante y prácticamente desconocida, la trama social: esto es, la participación de Jesús Reyes Heróles en las negociaciones del movimiento del 68, una negociación en paralelo donde Reyes Heróles representó al gobierno mexicano con la misión de dar una solución pacífica al conflicto estudiantil mediante el diálogo y la negociación; sabemos que, desafortunadamente, otros actores políticos optaron por la vía violenta de, hay que decirlo, el asesinato y la tortura.

La narración sobre la vida del padre, abordada desde diversas facetas, hace pensar en una búsqueda de la totalidad, tanto en la forma como en el fondo. Me explico: la propensión al uso de diversos recursos literarios nos remite a la novela total, y la descripción en el fondo de los diversos mundos de la vida de don Jesús nos refiere a la intención de abarcar la vida en su totalidad. Por ello esta novela es una compleja apuesta literaria y literal. Por un lado la ficción y por el otro la vida.

Estas tres historias son interrumpidas, siempre para bien, por las anécdotas íntimas de la relación de Federico con su señor padre, como aquella en que cuenta que juntos iban a una tienda donde los hijos ayudaban a cargar las bolsas. ¿La tienda se llamaba Un Rayito de Sol, o así reza un bolero? Cualquiera que sea el nombre correcto, había algo de Sol en él y esto despierta las evocaciones poéticas del autor, y su padre nos aparece como una figura solar, redonda: un padre, un político, un escritor y, por si faltase algo más, un regular jugador de dominó. También aquella cuando lo convenció de usar zapatos más cómodos: Clark. O las constantes interrupciones de jiribilla política: los buscapiés que le lanzaba Díaz Ordaz a Reyes Heróles sobre si se animaría a ser candidato presidencial pese a ser hijo de padre extranjero, puesto que ya había ejemplos de presidentes mexicanos que habían violado tal restricción. Otras interrupciones son verdaderamente *infernus interruptus* por la severidad del ambiente político; Reyes Heróles trataba con personajes que, a veces, sólo deseaban el encierro, el destierro o el entierro para sus enemigos.

En el primer tercio de la novela el autor remata algunos episodios con la frase, entre nostálgica y lapidaria: “Era otro México”. Es cierto, algo se ha perdido, para bien y para mal. José Emilio Pacheco decía, cuando hacía su recuento sobre lo perdido, que le pesaba sobre todo que se hayan perdido ciertas alusiones. Monsiváis continuó esta idea hasta el punto de escribir un libro sobre poesía titulado *las Alusiones perdidas*, y lamentaba que pocos –o nadie– entendieran ya nada de nada; se preguntaba si algún joven sabía a qué alude la espada de Damocles, a qué alude la piedra de Sísifo. En este caso, yo me pregunto si los jóvenes de hoy saben a qué alude la expresión *La forma es fondo*, acuñada por don Jesús, quien, además de hacer adobes, analizó con gran agudeza la realidad mexicana.

En poesía, como en política, la forma también es fondo; por ello, las alusiones perdidas muestran que se ha extraviado una manera de concebir el mundo, el modo en que nos relacionamos con él. La gran alusión política perdida, para mí, es la del proyecto nacional.

Otra alusión que se ha perdido, y que Federico Reyes Heróles recobra, es la del discípulo—maestro; en el ámbito político a este último se le llama mentor. Si la forma es fondo, al perderse la práctica de cultivar las figuras tutelares, si a pocos importa acercarse al maestro, pues sí, en efecto, el título de la novela es propio de nuestra época que ha perdido la vocación tutelar. Estamos, como nación, en estado de *Orfandad*.

